

## VOTO DE VIRGINIDAD QUE HIZO MARIA.

### DIA SIETE

#### ARTICULO I

#### LA SAGRADA ESCRITURA

Hortus conclusus, soror mea, sponsa, hortus conclusus, fons signatus.

*Cant., IV, 12.*

Hoc dicit Dominus: Qui elegerint quæ ego volui, et tenerint fœdus meum, dabo eis in domo mea et in muris meis locum; nomen sempiternum dabo eis quod non peribit.

*Isa., LVI, 4.*

Omnis gloria ejus filiæ regis ab intus, offerentur regi virginis post eam in latitia et exultatione: adducentur in templum regis.

*Psal., XLIV, 14.*

Unus de angelis locutus est mecum dicens: Veni, et ostendam tibi sponsam.

*Apoc., XXI, 9.*

Quasi vitis fructificavi suavitatem odoris; et flores mei fructus honoris et honestatis.

*Eccli., XXIV, 23.*

Gaudens gaudebo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo, quia induit me vestimentis salutis, quasi sponsam ornatam monilibus suis.

*Isa., LXI, 10.*

Magnificat anima mea Dominum, et exultavit spiritus meus, in Deo salutari meo.

*Luc., I, 46.*

Myrrha et gutta et casia a vestimentis tuis, ex quibus delectaverunt te filiæ regum.

*Psal., XLIV, 9.*

Defecit caro mea et cor meum; Deus cordis mei et pars mea Deus in æternum.

*Ibid., LXXII, 26.*

Conserva me Domine, quoniam speravit in te. Dixi Domino: Deus meus es tu.

*Ibid., XV, 1-2.*

Dominus pars hæreditatis meæ et calicis mei, tu es qui restitues hæreditatem meam mihi. Funes ceciderunt mihi præclaris, etenim hæreditas mea præclara est mihi.

*Ibid., 5-6.*

Inmola Deo sacrificium laudis, et redde Altissimo vota tua.

*Ibid., XLIX, 14.*

Pars mea Dominus, dixit anima mea: bonus est animæ quærenti illum.

*Thren., III, 24.*

In voce laudis immolabo tibi: quæcumque vobi reddam Domino.

*Joann., II, 10.*

Fecisti viriliter, et confortatum est cor tuum, eo quod castitatem amaveris.

*Judit., XV, 11.*

Manus Domini confortavit te, et ideo eris benedicta in æternum.

*Ibid.*

Bonum est viro cum portaverit jugum ab adolescentia sua.

*Thren., III, 27.*

De virginibus præceptum Domini non habeo, consilium autem do, tanquam misericordiam consecutus a Domino, ut sim fidelis.

*1. Cor., VII, 25.*

Non omnes capiunt verbum istud, sed quibus datum est.

*Math., XIX, 11.*

O quam pulchra est casta generatio! immortalis est enim memoria illius, quoniam et apud Deum nota est, et apud homines.

*Sap., IV, 1.*

Casta generatio in perpetuum coronata triumphat, in coinquinatorum certaminum præmium vincens.

*Ibid., IV, 2.*

Omnis ponderatio non est digna continentis animæ.

*Ecll. XXVI, 20.*

Vota mea Domino reddam.....

*Psal., XLV, 18.*

## ARTÍCULO II

### LOS PADRES

I. María escogió la mejor parte porque fué la primera de las mujeres que hizo voto á Dios de virginidad. (*S. Ildef. serm. 4 de Asump. B. M. V.*)

II. María vino á ser el santuario de todas las virtudes desde el momento en que puso su alma al abrigo de toda seducción mundana y de la concupiscencia carnal. Era para ella el medio de conservar sin mancha su cuerpo y

su alma, como convenía á la que debía concebir en su seno el Verbo de Dios. (*Juan Damas. 14. De fid. orthodoxa.*)

III. Fué la primera que levantó el estandarte de la virginidad, de la que dió el ejemplo. (*Amb. lib. de Inst. virg.*)

IV. María es la gloria y corona de las vírgenes. (*S. Efrece. Orat. de B. M. V.*)

V. Es la reina de la virginidad. (*S. Epiph. hæres. 78.*)

VI. Es el tesoro de la virginidad. (*Juan Damas. brat. 1 de Nativ. B. M. V.*)

VII. Es la madre de la virginidad. (*S. Anselmo 1 de Excell. B. M. V.*)

VIII. ¡Oh virgen prudente y llena de abnegación! ¿Quién te dijo que la virginidad era agradable á Dios? ¿Qué ley, qué precepto, qué página del Antiguo Testamento señala el deber é impone á la carne un consejo que no tiene nada de común con la carne y obliga á vivir en la tierra de una manera angelical? ¿Dónde habíais leído que las vírgenes entonan un nuevo cántico que no pueden entonar los demás y que siguen al cordero donde quiera que vaya? (*S. Bernard. hom. 3 sup. Missus. est.*)

IX. Respecto de las vírgenes, dice el Apóstol, ningún mandato me ha ordenado el Señor; pero me atrevo á aconsejarlas. Pero vos, María, no habíais oído sobre esto ningún precepto ni recibido consejo alguno. El espíritu de Dios os iluminaba acerca de todas las cosas, y su palabra viva y eficaz, es decir, el Verbo divino, fué vuestro maestro antes de ser vuestro Hijo é iluminó vuestro espíritu antes de tomar vuestra carne. Al daros á Jesucristo como virgen, ignorábais que os dábais á Él como madre. Elegíais un estado que os hacía despreciable en Israel, y lo hacíais con el fin de agradar al que habíais prometido amar y servir. Admitíais todas las maldiciones que pesaban sobre la esterilidad, y esas maldiciones se convirtie-

ron para todos en bendición, y vuestra esterilidad vino á ser fecunda. Abrid vuestro seno, oh virgen, preparad vuestro cuerpo y vuestro corazón, porque el Todopoderoso va á obrar grandes cosas y prodigios tales, que en vez de las maldiciones á que os expusisteis espontáneamente, seréis proclamada bienaventurada por todas las generaciones futuras. (*Id. Ibid.*)

X. Dios podía imponer á María la virginidad como un deber, puesto que en su seno debía tomar la forma de un esclavo por un prodigio inaudito, el Hijo de David. Mas no debía dejarse creer á las piadosas vírgenes que más tarde seguirían sus huellas, que sólo María debía permanecer virgen para merecer la honra de concebir sin conocer varón. María consagró á Dios su virginidad cuando ignoraba completamente que debía concebir un hijo, para comenzar espontáneamente una vida celeste en su cuerpo mortal, por amor, y no por deber, ni cediendo á la menor necesidad. (*Aug. 1 de Sant. Virg.*)

XI. ¿Cómo puede ser esto si no conozco varón? respondió María. No hubiera podido pronunciar estas palabras, si no hubiese consagrado ya desde antes su virginidad á Dios. (*Id. Ibid.*)

### ARTÍCULO III

#### PLAN Y ASUNTO

Los Padres y los Doctores dicen que María fué plenamente santificada desde el primer instante de su concepción y gozó del pleno uso de la razón; y esto, dice Suárez, para que pudiese cooperar á su santificación por su propio mérito. Conoció por lo tanto desde luego el valor de la virginidad y cuán agradable era á Dios esta virtud, de modo que no titubeó en unírsele por medio de un voto

formal. No ignoraba que entre los judíos se consideraba el matrimonio como una cosa muy honrosa y la esterilidad como un oprobio. A pesar de todo esto quiso permanecer virgen. Dos cosas verdaderamente admirables debemos ver en el voto de virginidad de la Virgen, y son su separación del mundo, y su santa unión con Dios.

#### I. Separación del mundo.

Renunció María á todos los bienes de la tierra.

1º Su renuncia fué precoz y sin ejemplo. Cuando el nacimiento del Mesías era el punto de mira entre los judíos de todos los matrimonios que se encontraban y muy especialmente en la raza de David, María renunció para siempre con admirable generosidad á todas las ventajas á que podía aspirar.

2º Renunció á todos los goces de la infancia y de la juventud, porque la virginidad exige soledad, silencio, retiro, renuncia de cuanto pudiera agradar, por legítimo que sea en el mundo y en la familia.

#### II. Unión inefable.

El mejor templo que se ofrece á Dios es el que le consagra la virginidad. En el templo que levantó Moisés, á quien Dios señaló la forma que debía tener, había tres naves ó recintos particulares. En el uno se colocaba el pueblo; en el otro inmolaban los sacrificadores las víctimas; y en el tercero, que era el lugar más sagrado, estaba el santuario ó el *Sanctus Sanctorum*. Allí era donde daba Dios sus oráculos. El corazón de María era el santuario más hermoso. Oíd las frases que se escapan de sus labios virginales: *Osculetur me osculo oris sui..... Tenui eum nec dimittam: invenit quem diligit ancina mea. Dilectus meus mihi et ego illi: fiat cor meum immaculatum.*

## ARTÍCULO V

## Extractos y pensamientos diversos

I. Sobrepujando todos los límites conocidos del heroísmo, la Virgen inmaculada renunció por un voto sagrado al honor de ser madre: consagró su carne inocente á la virtud de los ángeles y tomó á Dios por único esposo; plantó al pie del tabernáculo figurativo el lirio sin mancha de la virginidad, y levantó á la sombra del santuario el estandarte alrededor del que se juntarán todas las almas dotadas de tendencias é instintos religiosos.

Cuando Adán adoró á Dios por primera vez; cuando los ángeles fieles ofrecieron su primer amor al Autor de su ser, ¡cuán lejos estaban de asemejarse en pureza, sumisión y caridad á la que un decreto celeste destinaba para llevar el cetro de todos los mundos!—(*Combat, Grandezas de la Virgen*).

II. María entró en el templo de Jerusalem, como una de esas víctimas sin mancha que el espíritu del Señor había hecho ver á Malaquías. Bella, joven y de noble origen, y pudiendo por lo mismo optar todos los partidos en un pueblo que colocaba frecuentemente la belleza sobre el trono, ella se consagró al altar por un voto perpetuo de virginidad. Por este voto desconocido hasta entonces, María *traspasó el calladar* que separaba la antigua ley de la ley nueva, y se sumergió de tal modo en el *mar de las virtudes evangélicas*, que puede decirse que ella había ya sondeado todas sus profundidades, cuando su divino Hijo vino á revelarlas á los ojos de los hombres.

Dios no cambia violentamente sus caminos; anuncia y prepara mucho tiempo antes los grandes acontecimientos que deben cambiar la faz del mundo: un precursor era preciso al Mesías y le halló en la persona de San Juan Bautista: era necesario un preliminar á la nueva ley, y las virtudes de María fueron al Evangelio lo que una aurora fresca y risueña es á un hermoso día.—(*Orsini, La Virgen*)

III. Quiero deciros en pocas palabras cuán bella es la santa virginidad, y cuáles son las fuentes de donde emana. Con respecto al Antiguo Testamento, vemos figurar en primera línea á Elías, Jeremías y Daniel, que son los más hermosos modelos de castidad y continencia que nos presentan las Sagradas Escrituras. El primero y el modelo más brillante que nos ofrece entre los hombres el Nuevo Testamento es Jesucristo, así como es María el más perfecto entre las mujeres. Ved aquí la piedra fundamental del edificio virginal; es la madre de nuestro jefe, es el Hijo de una Virgen y el esposo de todas las almas castas.—(*San Isid. Hispal Hom de Eccles. offic.*)

IV. ¡Cuán pesada es la carga de las hijas de Eva y cuán punzadora la corona de angustias que circunda su cabeza! Si siguen la ley común y se

ven condenadas á dar á luz á sus hijos, están sujetas á infinitos dolores. Si huyen la cruz de la maternidad es en cambio de cierto oprobio que sobre su estado pesa. En el matrimonio padecen y fuera de él sufren. ¿Qué camino seguiréis vos, oh Virgen adorada? No ignoráis que el camino del matrimonio está sembrado de abrojos y espinas; si permanecéis estéril, quedaréis expuesta á mil vejámenes. ¿Cuál será vuestra elección, oh prudente Virgen? Por todas partes veo las aflicciones, contesta; mas prefiero el oprobio guardando mi virginidad, á concebir por la concupiscencia lo que más tarde no podría dar á luz sino con dolor. Si me espera en este camino la vergüenza, es en cambio sin pecado, mientras que en el otro hallo perjuicio y dolor.

¿Qué mal puede darme ese oprobio? No pasa de un desprecio nacido de la opinión de los hombres. La maldición que pesa sobre las mujeres estériles se debe á que se la considera siendo estéril como un ser incompleto é inútil en la sociedad; pero esto sólo sucede entre los israelitas. ¿Qué me importa que desaprueben los hombres mi resolución si conservo en cambio mi virginidad que será agradable á Dios? ¡Oh virgen prudente y de corazón magnánimo, ¿quién os ha dicho que la virginidad es agradable á Dios? ¡Oh virgen prudente y de corazón magnánimo! ¿quién os ha dicho que la virginidad es agradable á Dios? ¿En qué ley, en qué página del Antiguo Testamento aprendisteis cosas tan bellas? ¿Está puesto en los santos libros algún mandamiento sobre esto del que nazca vuestra idea de vivir con un cuerpo de carne como si no tuviese carne, ó por mejor decir como viven los ángeles en el cielo? Todavía no se había dicho que las vírgenes entonan en el cielo un cántico nuevo, y que siguen al cordero por donde quiera que vaya.—(*San Bernard. hom. 3. sup. Missus est.*)

V. Más adelante dice el Apóstol: Ningún precepto puedo imponer, ni ordenar la virginidad de parte del Señor; pero aconsejo que se guarde. Respecto á vos, oh virgen, nadie os ha impuesto orden alguna sobre esto. No sólo no se os ha impuesto ningún mandato, sino que ni un consejo habéis recibido siquiera. No habéis tenido otro guía sino vuestro propio corazón. Dios, con su palabra íntima, viva y eficaz, fué vuestro Maestro antes de ser vuestro Hijo. Escogisteis libremente un estado que os hacía en Israel despreciable, y sin otra mira más que ser agradable á Dios á quien os consagrasteis. Seréis estéril, lo sabéis, y aceptaréis el oprobio que pesará sobre vos. Pero en vez de la maldición que esperáis, recibiréis las bendiciones del cielo y de la tierra, y vuestra esterilidad se convertirá en una fecundidad inefable. Abrid vuestro corazón, oh virgen, y también vuestra alma. Preparaos, porque el Todopoderoso va á obrar grandes cosas en vos. En vez de las maldiciones de Israel recibiréis la bendición de todas las generaciones.—(*Id. Ibid.*)

VI. En el Antiguo Testamento había una ley que designaba enérgicamente á la mujer el camino que debía seguir. Moisés imponía el matrimonio y marcaba con una nota de infamia á la mujer estéril, que era despreciada y maldita por los hijos de Israel. Nada había dicho el Señor sobre la virginidad, y el Apóstol que debía aconsejarlo más tarde, no aparecía aún. Pero ella había recibido de Dios por inspiración del Espíritu San-

to este mandato tan agradable á su corazón y se ligó por medio de un voto á conservar puros su cuerpo y su alma hasta el fin de sus días.

Pero no sabía, ni por inspiración divina, lo que más tarde debía suceder. El Espíritu Santo preparaba de una manera gradual y embellecía el tabernáculo en que debía residir en breve la divinidad. A impulso de mil combinaciones hechas desde lo alto, buscaba esta virgen bendita la soledad, para que de noche y de día conversara desde el fondo de su corazón con Dios, cuyas inspiraciones eran cada día más sensibles.—(B. Arnold. *Abbat. Hom. de Laud.*)

## ARTÍCULO V

### PLATICA VII

#### EL CULTO DE MARÍA CONSIDERADO COMO FUENTE DEL BIEN Y DE LA HERMOSURA.

Fácil nos hubiera sido ayer dar á nuestras pláticas más extensión y cumplir mejor la promesa que hicimos de manifestar que *todo es verdad* en María, puesto que en sus hechos se realizan sus promesas, su humildad no se desmiente jamás, ni el culto que se le tributa se puede confundir con la idolatría, porque todos sus devotos estamos persuadidos de su poderosa intercesión; pero todo esto lo hemos dicho ya ó lo iremos diciendo á medida que adelantemos en nuestras pláticas. No queremos pecar de lógicos ni de filósofos; nos es más grato acomodarnos á la sencillez de nuestro auditorio y demostrar estas verdades á medida que se nos vengán á los labios. Por hoy nos referiremos á lo bueno y á lo bello en su relación con María.

La verdad aislada no siempre agrada, y Lafontaine nos presenta en una de sus fábulas á la verdad rechazada por todas partes, porque no se presenta como la mentira vestida con arte. La verdad necesita de una compañera,

que es la hermosura; y si las dos hermanas se juntan con la virtud, forman entre las tres el más lindo grupo que verse pueda, es decir, las tres gracias que son el tipo de la perfección.

El culto de María nos representa la primera parte de este grupo, como acabamos de verlo, así como también cada una de las otras dos. Si nos preguntamos qué cosa es la belleza, acabaremos por contestarnos que es la verdad en toda su perfección, y que no es sino la verdad. Pues bien amados oyentes míos, ¿qué cosa es María? María es la representación de la humanidad rehabilitada victoriosa del demonio que la dominaba y de las pasiones que se habían enseñoreado de ella; es la humanidad saliendo de los brazos de la muerte, más brillante que en su cuna, porque se rehabilita en los brazos de Dios mismo. ¿Qué representa el culto de María sino el culto de la humanidad rehabilitada y brillando con un esplendor cada vez más reluciente? El culto de María es una imagen de la inocencia del niño, de la pureza de una virgen, de la castidad de la mujer, de la ternura de una esposa, del amor de una madre y de la abnegación y la fuerza de todos los hombres y del mundo entero: es, en una palabra, el culto de la moral del género humano dirigida por la mano de la gracia divina.

Ella es la que ha inspirado las más bellas páginas de la poesía, levantado los más suntuosos templos, y dado á la pintura formas y á la música melodía. ¿Puede verse algo más tierno y conmovedor que un templo consagrado á María? ¿Quién ha dejado de sentirse conmovido al oír las alabanzas que en honor suyo se elevan ante el altar y qué corazón deja de arrepentirse al oír las patéticas estrofas del *Stabat mater dolorosa*?

He aquí lo que por las artes ha hecho el culto de María.

Si de las artes pasamos al campo de la moral, decidme

¿puede darse un espectáculo más hermoso que esas largas hileras de niñas que en el día de su primera comunión, vestidas de blanco y cubiertas con el velo de su inocencia vienen á depositar á los pies de la virgen María sus lindas coronas de flores, que entregan risueñas como un modesto donativo que hacen á su madre que está en el cielo, conducidas por la madre que les ha dado Dios en la tierra? ¿Quién puede ver sin grande emoción la alegría que rebosa en los semblantes de los padres y madres que acompañan á sus hijas?

¡Y esto es lo que quieren proscribir los hombres de la época! ¡Y estas son las páginas que quieren borrar del libro de nuestra vida! ¡Y estos son los dulces placeres que quieren desterrar de nuestro corazón! No es posible que hayan sentido ni una vez siquiera estas emociones los que tales cosas pretenden. Hay tipos de belleza que repugnan á nuestras miradas y á nuestra conciencia, porque son peligrosos y sus recuerdos retoñan siempre en nuestro corazón. Esos son los que debemos desterrar lejos de nosotros. Mas ¡ay! esos son también los que quieren presentarnos á cada paso los que se burlan de nosotros y no quieren que depositemos nuestro óbolo en el altar de María. Quieren darlo todo para los teatros y nada para el culto. Curioso sería el paralelo que pudiera hacerse entre la moral de uno y otro si no injuriásemos así el decoro de nuestra santa religión. Pero no lo haremos y nos contentaremos con sacar las perlas de la basura. Fijemos más bien nuestras miradas en esas niñas. Ved cómo se acercan á su madre celestial, ved cómo la aman y aspiran á parecerse al objeto de su amor. No temáis, cristianos tímidos y desconfiados; puro es el ídolo que adoran y pura queda la niña que le implora; amoroso es el ídolo y la niña que se le acerca se apartará de él más obediente que antes. ¡Cuál es, pues, el mal que resulta de esta devoción, y quién será el insensato que no

aspire á que su hija se parezca á la mujer en quien ha puesto Dios toda su complacencia?

«Si al proponernos á María como modelo dieran pábulo á nuestras malas inclinaciones, dice un grande obispo; si se limitasen á hacerme amar su persona y honrar su grandeza, instándome para que solicitara sus favores sin inculcarme á que imite sus virtudes: si hiciera de mi devoción un escudo contra la justicia divina ó un pretexto para vivir en paz con el pecado, entonces comprendería bien la desconfianza que este culto inspirara; mas cuando nada veo en él que no sea perfecto: cuando veo además que la devoción á María, para que sea sincera y por lo tanto útil, aun en estado de pecado, exige, en nosotros la penitencia y que imitemos sus virtudes, conozco que todo es altamente moral en esta parte del culto cristiano y rechazo con desprecio á los que se atreven á burlarse de su práctica.»

Digamos, pues, con él para terminar: «Si viera que se ofrecía el sacrificio en el altar para celebrar la gloria de María como reina independiente del cielo y de la tierra, mi fe retrocedería temeroso; pero cuando sé que el sacrificio Eucarístico sólo puede ofrecerse á Dios, y que sería un sacrilegio ofrecerlo á María; cuando sé que los templos erigidos en honor suyo tienen como principal objeto la gloria del Altísimo; cuando sé, en fin, que las prácticas de la devoción que tenemos á María, están exentas con la aprobación de la Iglesia de toda sombra de superstición, y son en tan alto grado religiosas que las adoptaron los hombres más grandes y más santos, y tan puras que hasta los hombres más incrédulos las permiten á sus esposas y á sus hijas, sujeto voluntariamente á ellas mi inteligencia; y con diez y ocho siglos cristianos repito mil veces y en alta voz: *Dios te salve, María.*—ASÍ SEA.